



# CANCION FUNEBRE DE CHACTAS AMERICANO,

A LA PREMATURA MUERTE  
DE SU QUERIDA ATALA.

He nacido americano errante,  
Mi padre á mi lado espiró,  
Y en los campos terribles de Marte,  
La venganza me recomendó:  
Asimismo á su caro aliado  
Encargó mi cuidado al morir;  
Pero yo me aparté de su lado,  
No queriendo sus pasos seguir.

En el medio de un bosque frondoso  
Ví á una bella y sin par hermosura,  
Y al instante resolví amoroso  
El amarla y seguir mi ventura:  
La amé á ciegas, rendido y constante,  
Y sus pasos resuelvo seguir;  
Dejé á Lopez, la busco, y errante  
Con mi Atala procuro partir.

Yo trepaba los montes gustoso,  
El peligro tenáz me alegraba,  
Y mi dicha en Atala cifraba,  
Cuando tuve con ella que huir:  
Deseaba llegase el instante  
Que dichoso me habia de hacer;  
Ya acabó para mí el placer,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Llegué al campo enemigo, y rendido  
Me aprisionan, y en mi triste suerte,  
Yo tranquilo esperaba la muerte,  
Cuando Atala se me apareció  
Con el rostro cubierto de un velo,  
Me aconseja la debo seguir;  
Se descubre, y al ver aquel cielo,  
Con Atala resuelvo partir.

Triste Chactas, ¡qué rápida ha sido  
La alhagüena ilusion de tu dicha!  
Sumergido en perpétua desdicha,  
Solo siento un fatal porvenir:  
Bella jóven, tu vida espusistes  
Por librarme de muerte funesta,  
Para siempre mi cancion es esta:  
Sin mi Atala no puedo vivir.

La campiña con todas sus flores,  
En los dias serenos no iguala  
La hermosura sin par de mi Atala,  
Cuando tuve con ella que huir:  
Ni tampoco las aves cantaran  
Con tan dulce y suave armonía;  
Ya acabó para mí la alegría,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Quando atado en el campo me hallas-  
Y me distes feliz libertad, (tes,  
De una muerte cruel me librades,  
Y de tí no me puedo apartar:  
Quiero siempre seguirte y amarte,  
Y teniendo contigo que huir,  
Por mi vida tu fin encontrastes,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

En sus ojos brillantes miraba  
Los encantos del lazo nupcial,  
Ignorando que el hado del mal,  
Nuestros pechos podria afligir:  
Qué tormentos agitan mi espíritu!  
Qué de penas que me han circundado!  
Ya no tengo mi bien á mi lado,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Quando el rayo cayó en el desierto  
Y aquel árbol frondoso abrasó,  
¡Quién dijera, mi querida Atala,  
Que tu fin muy funesto indicó!  
Este caso terrible me asombra,  
Me consterna, y no puedo decir:  
¡Ay de mí! que de pena fallezco,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

El encuentro del viejo ermitaño,  
¡Quién creyera, infeliz, que anunciaba  
Con la lúgubre luz, que llevaba  
El final de tu triste existir!  
Sus palabras tiernas nos inclinan,  
Que queramos sus huellas seguir;  
Mas lo frustra la parca homicida;  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Lloraré eternamente tu muerte;  
He perdido lo que mas amaba;  
Ay de mí! cuando menos pensaba,  
Vi con pasmo mi amor concluir:  
Ya no existe mi dulce esperanza,  
Solo tengo dolor y amargura,  
Ya acabó para mí la ventura,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Obcecada tu tímida madre,  
Hizo un voto funesto á tu vida,  
Te juzgaste á mi lado perdida,  
Sin quererme tu pena decir:  
El secreto fatal que en tu pecho  
Ocultaste, ¡ay de mí! tristemente  
Te ha perdido y me pierde igualmente:  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Con tu muerte , mi querida Atala,  
Contristóse mi pecho amoroso,  
Y en lugar de un futuro reposo,  
Solo siento desdicha infeliz:  
Has dejado á mi alma afligida,  
Sin que pueda ya tener contento,  
Esclamando con gran sentimiento,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Con sus trémulas manos Atala,  
Una imágen de Cristo me dió,  
Que en el cuello pendiente llavaba,  
Y en el mismo momento espiró:  
Esta herencia preciosa me entrega,  
Y me encarga he de recurrir  
En mis tristes desgracias á ella;  
Sin mi Atala no puedo vivir.

De sus ojos el fuego brillante,  
Con la muerte quedando apagado,  
Oscurece su rostro dorado,  
Por lo cual ya no pudo existir:  
Por el voto fatal de su madre,  
Llegó á cometer el suicidio;  
Y yo atacado de un fuerte delirio,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Yo contaba en los días felices,  
Que debía pasar á tu lado,  
Y tenia tambien ideado  
Nuestro rústico albergue construir,  
Mas ¡ay cielos! que en vez de cabaña,  
Y en lugar de la dicha futura,  
Yo te he dado , infeliz , sepultura;  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Cuántas veces , decia conmigo;  
¡Qué dichosa será nuestra vida!  
Mas la parca , terrible homicida,  
Su guadaña hizo en sangre teñir;  
La esperiencia del sabio ermitaño  
Preludiaba mi mal venidero:  
La existencia sin tí no la quiero;  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Enterrada en pais estrangero,  
Ya no habrá quien por tí se interese;  
¡Oh si el cielo á lo manos quisiese  
Algún dia mis votos cumplir!  
Yo muriera contento al instante,  
Y á tu lado gozara el reposo,  
Que me priva este mundo engañoso;  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Cuidadoso reparo el albergue,  
Donde ví de mi amor las delicias;  
Busco en vano sus dulces caricias,  
Y de nuevo principio á sentir:  
Nada encuentro que alcance aliviar  
Los suspiros que mi alma exhalara;  
No me puede consolar mi amada;  
¡Ay mi Atala! yo quiero morir.

Oh! funesto aquel dia en que Atala,  
Con exánime voz me decia:  
Adios , Chaetas , adios , y confía,  
Que hasta el cielo mi amor llegará:  
Y mirando sus lánguidos ojos,  
Advertí que la vida perdía,  
Aumentando la tristeza mia,  
No poder á mi Atala salvar.

¡Dulce Atala! mi bien , mi querida;  
¡Donde fueron los dias dichosos,  
Que tus ojos brillantes y hermosos  
Los volvias á mí con placer!  
Se ausentaron cual sombras fugaces,  
Y en mi pecho quedaron grabados  
Con recuerdos tan dulces y amados,  
Que jamás yo podré oscurecer.

Bella imágen de un ángel dormido,  
Presentaba mi amada ya yerta;  
De guirnaldas y rosas cubierta,  
Tan hermosa la ví sepultar:  
Yo perdí á mi Atala ; perezo,  
No olvidando jamás sus amores,  
Padeciendo terribles dolores,  
De haber visto su muerte fatal.

¡Cuán en vano mi pecho se agita,  
Recordando la dulce existencia  
De mi Atala, que por su inocencia,  
Con la muerte la ví yo luchar!  
Ya por fin un suspiro exhalando,  
Me miró, y quedó desmayada,  
Y mi alma quedó aletargada,  
Pues quedóse mi Atala mortal.

Con mis manos la dí sepultura  
En aquestos desiertos sombríos;  
Contemplé su marchita hermosura,  
Convirtiendo mis ojos en rios;  
En mis hombros cargué sus despojos;  
¡Quién creyera que tal sucediese!  
Oh! si entonces con ella muriese,  
Fuera menos mi acerbo dolor.

Este altar en que Lopez solia  
Ofrecer gustoso sacrificio á Dios,  
Convertido hoy se mira en la tumba  
De la que fue dueña de mi corazon:  
La inscripcion que en él se halla puesta,  
A los venideros sabrá transferir;  
Que faltándole á Chactas Atala,  
Su único remedio le fue el sucumbir.

De mi Atala los rubios cabellos  
Espancidos al viento los ví;  
Y en la tumba, cual rosa fragante,  
Enramada en mañana de Abril:  
Con mi llanto regué su sepulcro,  
Y su vista acabó mi dolor:  
¡Mas qué mucho, si él me ofrecia  
Desdichado el final de mi amor!

Unos lazos, piadosa, rompistes,  
Que á la pena de muerte me ataban;  
Y al romperlos, tus manos labraban  
Otra pira á mi vida infeliz:  
Esta tumba, que en llanto anegada,  
He formado á los tristes despojos,  
Regarán para siempre mis ojos;  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Ya me acerco á la lóbrega tumba,  
Donce yace mi amada infelice,  
Y su pecho por siempre me dice:  
Ven, mi Chactas, no temas morir.  
Lisonjera ilusion de mi dicha,  
Cual cuchillo me hiere funesta!  
Mi cancion para siempre será esta,  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Al morirme, mi alma á la suya,  
Cuando siga sus lúgubres huellas,  
En un cielo sembrado de estrellas,  
A mi Atala veré relucir:  
¡Oh qué llanto que vierten mis ojos!  
¡Oh qué penas mi pecho padece,  
Y la tumba á mi pasion se ofrece!  
Sin mi Atala no puedo vivir.

Esa cruz, que clavada en el suelo,  
Para mí siempre tan respetable,  
Me recuerda aquel amigo amable  
Que la parca su vida cortó:  
Al pie de ella yacen sus cenizas;  
Su memoria mi pecho entristece,  
Y mi lengua al instante enmudece,  
Contemplando cómo quedé yo.

Nadie se llegue á mi tumba fria,  
Nadie llegue jamas á llorarme;  
Y si alguno quire consolarme,  
Le suplico no piense en venir:  
Que mi pena no tiene remedio,  
El consuelo para mí fue perdido,  
Pues ha muerto mi dueño querido,  
Y sin mi Atala no puedo vivir.

De este modo dió fin á su canto  
Aquel triste y desgraciado amante,  
Y á la tierra inclinó su semblante,  
Sin oirle llorar ni gemir:  
De dolor y de pena fallece;  
Ya no gime, ni menos suspira,  
Y en la tumba de su Atala espira;  
Pues sin ella no pudo vivir.

**FIN.**

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24,  
donde se hallarán otras diferentes.*